

A través de «Porvenir de Diamante», es posible constatar que los primeros puestos avanzados de una forma personal de poesía, ya han sido alcanzados. Y estamos ciertos que el poeta sabe que su poesía de formas de por sí renovadas, en una obra posterior ha de renovarse definitivamente, pero esta vez por el espíritu y el tiempo:

«Ya no te extrañe que en mis ojos no arda
la diminuta suavidad del trébol.
Pues se ha tendido a sollozar, desnudo
como una espada, entre los dos el tiempo».

En suma, es una poesía de luces, llaves y espejos tan sutiles, que en su lectura es preciso retener el aliento para no empañarla. Ha sido creada para que la transiten corazones de pie muy ágil y, a su vez, muy puros. Cada palabra es un cuerpo que en el agua produce un sinnúmero de ondas. Se precisa de maestría para que esas palabras y giros también tengan la raíz adecuada a su misterio y profundidad permanente:

«Porque eres suave como piel de musgo,
porque caminas con tus pasos de agua,
la muerte dobla su esqueleto y vuela,
la noche nace, se arrodilla y canta».

Y a cada paso, un verbo de gracia siempre recorre las preciadas páginas de «Porvenir de Diamante,» manual de permanente y maravillada poesía.—ANTONIO DE UNDURRAGA.

 <https://doi.org/10.29393/At180-15DEJG10015>

DESTINOS.—Cuentos de *Eugenio González*.—Ediciones *Ercilla*

Es un acierto el título de este volumen de cuentos que *Eugenio González* acaba de publicar. En ese dicho tan popu-

lar, «sería su destino», en el cual se refleja el conformismo del hombre del pueblo que se resigna a la desgracia, como si ella fuera el irremisible objeto de su existencia, se puede sintetizar toda la trayectoria de esas vidas que agita de repente el drama o la tragedia, que en la creación literaria constituyen el nudo trascendente; principio o fin de una novela o cuento, que conforme a las normas clásicas debe tener una espina dorsal a la cual se adhiere la pulpa artística en que reside el interés del relato.

«Sueño de verano» se titula el primer cuento de este libro, y en él se mezcla el gozo y el dolor, sabiamente dosificado por el autor que en la realidad debió observar con penetrante acuciosidad al modelo que le sirvió para crear a ese don Ignacio, burócrata apocado, humanidad mediocre, que se adapta tranquilamente a los reglamentos oficinescos, y que aun fuera de las actividades ajenas a su empleo, es el tipo metódico de vida rutinaria y monótona, como es la de la mayoría de los hombres que carecen de sensibilidad, de inquietud, o que si la tienen hacen predominar, por encima de cualquier anhelo, su equilibrio cotidiano. Lo que en suma no es sino la cobardía, o el egoísmo de aquel que nada expone, a cambio de algo que le sacuda y le haga vibrar.

Ese don Ignacio, recuerda un poco a aquellos empleados ministeriales que tan aguda y pintorescamente solía pintar Maupassant. Sólo que aquéllos aparentaban una existencia de normalidad y corrección que en el fondo no era tal. En este aspecto de la modalidad de esos personajes estaba la médula y la gracia del enredo. Pero en este don Ignacio de mentalidad subalterna y lerda sensibilidad, hay una honrada vulgaridad. Piensa en la dicha del amor como en un paraíso inalcanzable. No tiene fe en su calidad de hombre. Cree que su fealdad y su falta de atracción personal, es una muralla demasiado alta que jamás podrá saltar y que sólo la casualidad le podrá permitir disfrutar de algunos momentos de dicha. Y ahí está, precisa-

mente, el arte del novelista, que consigue sin grande esfuerzo, llevar a su personaje por el camino de la aventura y ponerlo frente a un incidente emocional, que deriva hacia el drama para culminar en una espantosa tragedia, que viene a ser como una especie de terremoto en aquella existencia que vivió esclavizada al método y a la pulcritud. Nada hacía pensar que ese apacible don Ignacio, iba a naufragar en medio de un temporal de histeria y de locura, después de unos instantes de amor y voluptuosidad. Es como si la vida misma tomara venganza en contra de aquéllos que la viven egoístamente. Era éste el insospechado «destino» que esperaba a don Ignacio, como una fuerza oculta acechándolo en el recodo del tiempo.

En su manera de narrar, Eugenio González nos hace recordar Somerset Maugham, por la profusión de detalles del ambiente y de las circunstancias que rodea la acción de sus personajes. Los sigue a lo largo de su camino. Va y viene con ellos. Y el lector les acompaña sin esfuerzo, porque el estilo es bello, ameno y fácil como una clara corriente, a cuya margen se ve de todo. Lo noble y lo ruin del alma humana. Lo generoso cerca de lo mezquino. Las vidas mínimas de las gentes del arrabal están observadas con asombrosa fidelidad. Realidad triste y repugnante casi siempre, tiene, sin embargo, en las páginas de González ese alado soplo con que el espíritu del verdadero artista sabe iluminar sus creaciones. Como lo hacía Zola, en «La Taberna», «La Tierra», y en todas aquellas novelas en que el escenario eran los bajos fondos y el desfile humano arrancaba de allí.

En su cuento «La Tonta», Eugenio González nos pone en contacto con seres primarios, de mentalidad elemental. Allá en los extramuros de ese barrio de la Estación Central. Lustrabotas, suplementeros, vendedores ambulantes, toda el hampa santiaguina sin Dios ni ley que pulula en las cantinas y sale de los conventillos, o de ese hacinamiento de vidas miserables y sórdidas, en donde es el instinto el que manda. La «Tonta»

es una pequeña bestezuela, a la cual atrapan los «palomillas» del barrio, como algo que es de propiedad pública. Y, sin embargo, en el fondo de esa infeliz criatura hay un noble anhelo, como es el de tener un hijo. Y ese hijo llega un día a agitar su entraña. Pero es el producto del vicio de sangres taradas, de bestiales ayuntamientos incapaces de engendrar vidas saludables y vigorosas.

«En la noche», «Una vida», «La Broma», «Una Mujer» es el título de los demás cuentos que integran el volumen de Eugenio González. Cada uno de estos cuentos muestra un aspecto distinto de las facultades creadoras del autor. Muestra distintos matices tanto en la manera de dar formas a su arte literario, como en el acierto de la psicología que les infunde. Hay delicadeza y finura en los retratos de ese niño inválido que sueña con el amor, y una desgarradora tristeza en esa mujer fea que se cree protagonista de un inesperado romance. «Una Mujer» corresponde a una interesante figura femenina, víctima del eterno conflicto de las almas a quienes el amor hace sufrir.

Todos estos seres cumplen un «destino». Ese destino que el autor, de acuerdo con los principios que rigen la vida, les impuso.—JUAN GAUSSIN.



EL HOMBRE Y LA SOLEDAD EN LAS TIERRAS MAGALLÁNICAS, por
Domingo Melfi.—Ediciones Atenea

Una visión emocionada, rica en descripciones del paisaje y exornada por felices aciertos de interpretación de la naturaleza y del movimiento humano allá en el lejano sur chileno, constituye este libro que Domingo Melfi ha escrito sintiendo que todas aquellas imágenes que se quedaron en su retina, agitaron con inusitado ritmo su corazón de escritor.